

denando sus doctrinas; recordad el concilio Vaticano, y entre sus definiciones dogmáticas la de la infalibilidad del Pontífice Romano. Recordad las victorias que en el orden espiritual y aun en el político ha conseguido, en medio de su penosa situación, su esclarecido sucesor León XIII; mirad los resplandores con que actualmente ilumina el vasto cielo de las inteligencias, la brújula con que señala el derrotero á las naciones extraviadas.... Y concluyamos de estos pocos rasgos que no ha sido vana la confianza de la Iglesia en el valimiento de María, y que la definición del dogma de su limpia Concepción es todavía prenda segura de bienestar para la religión y para los pueblos que aclaman á María por Reina y Abogada. ¡Bendigamos, pues, una vez más la memorable fecha del 8 de diciembre de 1854, tan gloriosa para María como benéfica para la sociedad cristiana!

PRIMER PANEGÍRICO DE LA NATIVIDAD DE MARÍA

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1895).

La regeneración de la mujer por María.

Benedicta tu in mulieribus. Luc. 1, 28.

1. Tras de la muerte ha de venir la vida, á menos que la creación haya de tornar á hundirse en las profundidades del caos primitivo. Pero esto no cabe en los planes del Criador, que ha hecho al hombre incapaz de ser exterminado¹. El nacimiento, pues, ha de reparar los estragos que causó la muerte en la humani-

¹ Sap. 2, 23.

dad. Murió, señores, la Mujer, la criatura destinada á ser madre de todos los vivientes¹; y pereció no ya con muerte física — que ésta no habría contenido el torrente de la vida — sino con muerte moral, el pecado, que introdujo en el mundo todo linaje de muertes². Luego era preciso que renaciera la Mujer con el mismo carácter de madre universal; y veis aquí que la mujer renació cuando María, hija de Joaquín y Ana, vió la luz en Nazaret, cuarenta siglos después de muerta Eva en el paraíso. ¡Acontecimiento de inmensa alegría para el mundo! ¡Fecha digna de conservarse en los fastos de todas las naciones y en la memoria de todos los hombres! ¿Pues, qué? ¿Hay otra, fuera de la del nacimiento de Cristo Salvador, más trascendental para la humana familia que la natividad de María, *de qua natus est Jesus* ³?

2. Con María, cristianos oyentes, renace la vida, como con la aurora renace el día que pone en fuga las tinieblas. He aquí, pues, dicho todo cuanto decirse puede de este nacimiento tan glorioso, causa de tanto regocijo para la Iglesia y el mundo; sí, todo, á pesar de que nada parece que hemos dicho, ni nada más queremos añadir. *Nativitas tua, Dei Genetrix Virgo, gaudium annuntiavit universo mundo.* ¿Por qué? Porque la niña que hoy nace viene á regenerar moralmente el mundo, porque es la Mujer nueva, la Mujer bendita que el mundo necesitaba para no caer en el abismo de eterna perdición. ¿Cabe decir algo más del nacimiento de una tiernecita niña? ¿De cuál otra de cuantas registra la historia, pudiera con verdad afirmarse otro tanto? Pero me preguntaréis acaso: lo que decimos de María

¹ Gen. 3, 20.

² Rom. 5, 12.

³ Matth. 1, 16.

¿es verdad irrefragable, inconcusa? Vais á verlo. El mundo necesitaba para su regeneración moral, de una mujer modelo y modelo viviente sobre la tierra, según el cual y por cuya acción se regenerase moralmente la mujer. Esta afirmación la hallarán incontestable cuantos saben apreciar la influencia de la mujer en la vida moral de las naciones. Ahora bien, esta mujer no es otra que María: es, pues, ella la que debe ser hoy y siempre el objeto de la aclamación universal. Saludémosla con el Ángel para que nos alcance luz y gracia: *Ave María*.

I.

3. Que la niña cuya natividad celebramos el día de hoy sea la Mujer modelo, es una verdad tan corriente y admitida en la Iglesia, que, lejos de tener necesidad de pruebas, pudiera reputarse menos propia é inadecuada para servir de base á un panegírico digno de la incomparable Virgen. Conviniendo fácilmente en lo primero, creo, sin embargo, que el tema propuesto encierra argumento de singular honor para María y doctrina de mucha edificación para las almas, mayormente en los tiempos que alcanzamos.

¿No hubo, pues, otros modelos, muerta la primera mujer, en todo el curso de siglos que precedieron á la aparición de esta dichosa criatura? Los hubo ciertamente, hermanos míos; pero, eso no obstante, María es el primer modelo, el único digno de este nombre entre cuantas mujeres figuran en la historia. De ella dice San Bernardo: *Nec primam similem visa est, nec habere sequentem*: que no ha tenido antes ni después quien la iguale. Mas ¿no florecieron grandes santas y famosas heroínas en la antigüedad? Santas hubo en el pueblo

escogido; heroínas no faltaron, á pesar de la universal degradación de nuestra raza, en oriente, Grecia y Roma. Díganlo los nombres de Sara, Rebeca, Ester, Judit, Ana, Débora y otros ciento, y los de Semíramis, Dido, Veturia, Virginia etc., ensalzados en los anales sagrados y profanos. Pero, decidme: los rasgos heroicos de éstas y las virtudes superiores de aquéllas ¿os parecen bastantes para erigir á alguna de ellas en modelo absoluto, tipo y dechado de toda mujer sin excepción, y aplicable á todas las condiciones y situaciones de la vida de ésta? Porque, aun exagerando la prudencia, fortaleza, piedad, pureza y demás dotes morales que enaltecieron á las matronas bíblicas sobre todas las mujeres de que pudo gloriarse el mundo pagano, ¿cuál de ellas nos ofrece reunidas todas esas prendas con tal excelencia y armonía que pueda expresar el ideal de la perfección propia de su sexo? ¡Ah! sólo de María puede afirmarse sin hipérbole: *Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas*¹. María, más rica que todas cuantas se aventajaron en gracias y virtudes, es modelo de la mujer en todas las edades y condiciones de la vida. ¿Qué digo de la mujer? De toda suerte de personas y sexos, como Reina que es de todos los santos: *Regina sanctorum omnium*².

De ella, como escribe San Ambrosio, deben aprender las doncellas y las matronas, las esposas y las vírgenes consagradas al Señor. María es el dechado de la niñez y aún de la infancia en el templo de Jerusalén; de la juventud, en Nazaret; de la edad madura, en la Judea; de la adversidad, en Egipto; de la magnanimidad, en el Calvario; de la muerte, en el Cenáculo.... Repasad

¹ Prov. 31, 29.² Eccl. in lit. lauret.

una á una todas las virtudes, y todas las hallaréis en grado eminente y perfectísimo en el corazón de María; pero por especial manera las que más directamente concurren á la perfección y santificación de su sexo: la pureza sin mancha, la humildad profunda, la caridad heroica, la piedad sublime... piedad para con Dios, pureza y humildad para consigo, caridad inagotable para con el prójimo.

4. María es, pues, no sólo el primer modelo, sino el más brillante de cuantos pudieran proponerse á la imitación de la mujer. ¿Sabéis por qué? No solamente porque la perfección que posee, la mayor que cabe imaginar, la hace irradiar torrentes de luz en todas direcciones, obligando á exclamar á cuantos la rodean: *¡Tota pulchra es, Maria, perfecta, immaculata!* sino también porque plugo á Dios colocarla en tan alta posición que no pueden menos de contemplarla todos los siglos, sin acertar ninguno á desviar de ella sus atónitas miradas. *Non potest civitas abscondi supra montem posita*, decía el Salvador¹: María, la ciudad de Dios, situada encima de la montaña santa, no puede ocultarse á los ojos de los viajeros de la eternidad. Púsola Dios al lado de su Hijo, el Verbo Encarnado, el Salvador del mundo; y así todos los pueblos y naciones están obligados á mirarla, como han de mirar al que dijo: *Yo soy la luz del mundo*², la luz que se entra por los ojos, como éstos no se cierran voluntariamente. De la Virgen Madre puede decirse, aún con mayor razón, lo que de la otra María profetizó Jesús: «En verdad os digo que dondequiera que fuere predicado el Evangelio en todo el mundo, se publicará también lo que ésta

¹ Matth. 5, 14.

² Io. 8, 12.

hizo para eterna memoria.»¹ Por eso las virtudes de María aparecen puestas de relieve y revestidas de encantos en los mismos cuadros donde se retratan los pasajes de la historia de Jesucristo: la Encarnación, el nacimiento, la huída á Egipto, la presentación en el templo, la vida oculta en Nazaret, la pública durante la predicación en Judea y Galilea, el Calvario, el Cenáculo, el cielo.... ¿Quién podrá dejar de ver y contemplar esa admirable figura de la Virgen, que en todas partes hace juego con la del Salvador? Para no verla sería preciso apartar los ojos del cuadro evangélico, desnaturalizar y mutilar la historia, como lo han hecho sin escrúpulo protestantes y racionalistas.

Parecía que no fuese necesario otro modelo fuera de Jesucristo, santidad humanada y puesta, por decirlo así, al alcance de nuestra imitación. Pero, en primer lugar, si Dios mismo ha querido ofrecer en María la copia más acabada de la perfección de Jesús, ¿quién osará desdeñar este diseño, más accesible sin duda para nuestra flaqueza, por ser santidad de una pura criatura, mientras la de Jesús es santidad de un Hombre-Dios? Á este propósito pudiéramos discurrir como de la intercesión y valimiento de María discurre San Bernardo. Aunque uno solo sea, en propiedad, el mediador entre Dios y los hombres, tenemos también necesidad de medianera para con el Mediador, y así no está demás el ministerio de María: ella tiene su sitio y lugar propio en el plan de la amorosa Providencia². Y en tal supuesto ¿quién no advierte que, aunque Jesús y María sean modelos universales para todo linaje de personas, María lo será de un modo especial para las de su

¹ Marc. 14, 9.

² Ex serm. de 12 stellis, apud Brev.

sexo? ¿No es la madre el espejo natural de la hija? ¿no es la maestra la que dirige la educación de la niña? Nada, pues, más conforme con la ley amorosa del Criador que formar en María el modelo especial de la mujer.

5. Y advertid, cristianos oyentes, que este tipo de perfección era de todo punto necesario, porque sin él habría perecido el mundo, sumida como estaba la mujer en el abismo de la degradación moral. No me detendré á demostrar la importancia de la misión de la mujer en la sociedad, tema demasiado trillado y verdad de todos reconocida. De esa verdad resulta puesto en evidencia que el mundo viene á ser lo que la mujer es; pagano y corrompido, si ella tiene costumbres paganas; cristiano y virtuoso, si ella posee las sólidas virtudes cristianas, no pudiendo ser de otra manera, dado que de la madre depende la primera y primordial educación del hombre. Pero es de advertir que la mujer, para ser digna de su elevado destino, necesita á su vez ser educada, aún más con el ejemplo que con hermosas y deslumbradoras teorías. Por falta de ese ejemplar, de ese ideal que ya dejamos señalado en la mujer por excelencia, vióse abatida y degradada la mujer antigua, no sólo en los pueblos bárbaros, sino hasta en el seno de las sociedades que parecían cultas, poderosas y sabias, en Roma y el oriente. Si la compañera del hombre, carne de su carne y hueso de sus huesos¹, conservó en alguna parte su decoro y dignidad moral, fué precisamente en el pequeño pueblo judío, donde María puede decirse que vivía muchos siglos antes de nacer, encarnada como estaba en la tradición y la profecía

¹ Gen. 2, 23.

de aquel pueblo. Fuera de ese despreciado rincón del universo ¡qué espectáculo tan horrible el que la historia presenta á nuestra vista! Baste decir que la célebre Fabíola, la dama romana, entrado ya el tercer siglo de la Iglesia, era todavía la personificación de la soberbia, la molicie y la crueldad paganas¹. ¡Qué tipo aquel de la mujer degradada! ¡qué mezcla de egoísmo, fatuidad y desenvoltura! ¡Ah! ¡cuánto necesitaba la pobre mujer de la aparición de María en el horizonte social! Pues ¿qué había de hacer esa desventurada criatura entregada á las inspiraciones de una naturaleza corrompida? ¿Cómo había de practicar virtudes que no conocía, y cuyo precio no había llegado á sospechar siquiera? Y no era tanto por falta de instrucción y de teorías filosóficas sobre la virtud, que no faltaban, aunque imperfectos, hermosos tratados de moral, y abundaban los tesoros de literatura y buen gusto: era propiamente por falta de ejemplos, de lecciones objetivas, porque no había ideal en que inspirarse, original que reproducir, modelo que copiar, porque aun no había brillado á los ojos del mundo la celestial figura de María, de la Mujer bendita y santa. Pero ¡ah! lució el feliz instante, sonrió la clara aurora: *Signum magnum apparuit in caelo*²; y desde aquel momento ¡qué súbita y maravillosa transformación! Entonces aparecieron aquellos escuadrones de mujeres heroicas que por su magnanimidad relegaron al olvido á las antiguas heroínas: madres, como Santa Sinforsosa, que se sacrificaron siete veces en el martirio de sus hijos antes de sacrificarse á sí mismas; tiernas y delicadas doncellas, como Inés y Lucía, tan generosas para hollar las delicias y

¹ Véase Wiseman, Fabíola.

² Apoc. 12, 1.

honos del mundo, como impávidas para arrostrar sus furores; ángeles de toda edad y posición, que poblaron de virtudes la tierra, cambiándola en vergel de flores celestiales.

6. Para pintar los efectos maravillosos de la influencia de María en las costumbres, sobre todo en la mujer, sería necesario transcribir largos trozos de la historia eclesiástica; pero ¿á qué conduciría ese trabajo estando á la vista de todos lo que era la sociedad pagana, lo que es en todas partes la sociedad que no conoce á María, y lo que es la cristiana que tiene la dicha de venerarla y amarla é inspirarse de continuo en ese divino modelo puesto perennemente ante sus ojos? ¿Quién no palpa la enorme diferencia? «Al ver el hombre, dice un piadoso autor contemporáneo¹, que Dios honra á María hasta tal punto... comprende la dignidad de la mujer y penetra su corazón un gran respeto y profundo reconocimiento por ella.... Para que la mujer fuese respetada en cualquier edad y condición en que se hallase, quiso Dios que María, la bienhechora del hombre, el tipo de la mujer regenerada, consagrarse todas las edades y todas las condiciones de su sexo... ¡Oh hombre! ¿Te atreverás á irrespetar, á humillar á la mujer, que ha sido hecha en María la Madre de tu Dios y la mediadora de tu felicidad? Y la mujer misma, al verse en tanta altura, habiendo estado hasta entonces tan humillada, volvió á conocer su dignidad y comprendió su vocación.... Y el pudor de la virgen, y la casta dulzura de la esposa, y el poderoso amor de la madre, y la activa humildad de la viuda, y el celo, en fin, con sus innumerables industrias, hiciéronse su vida,

¹ Gaume II. P. C. cit. por *Raulica*, La mujer católica.

la vida de su vida, sus ocupaciones del día y sus cuidados de la noche....»

Desgraciadamente el paganismo, aunque con formas diferentes del antiguo y del bárbaro, va tornando á penetrar en el seno de muchos países cristianos, merced á la funesta propaganda de errores que se hace impunemente en nuestros días; y los efectos desastrosos que ya va causando en el individuo y en la familia, y la corrupción horripilante de las costumbres que gangrena también á la bella mitad del género humano, demuestran con evidencia la necesidad que tiene el mundo de no perder de vista á María, la mujer modelo.

II.

7. Éste debe ser, no sólo real sino actual y viviente, porque no basta tener el dechado delante de los ojos, si la diestra mano no se aplica á reproducirlo con esmero. Preciso es, según esto, que el ideal de la mujer sea de tal naturaleza que impulse eficazmente á reproducir su imagen; en otros términos, María misma debe trabajar con la mujer para realizar la obra de su imitación. ¡Ah! ¿qué puede el hombre entregado á sus escasas fuerzas, en orden á practicar en alto grado la virtud? Nada por cierto, y de ahí que tan necesaria sea la gracia de Jesucristo como lo son sus divinas enseñanzas. Pues me atrevo á decir, oyentes míos, que también le son necesarios al hombre la gracia y los auxilios de María. Sin el amor de Jesús no seremos capaces de imitar á Jesús; sin el amor de María no podrá la mujer trasladar á su corazón las perfecciones de tan divino modelo. Deducid de aquí la necesidad y la eficacia de la devoción á la Santísima Virgen, mayormente para la santificación de la mujer. Es pre-

ciso que María viva en el corazón de aquella que aspira á copiar sus adorables facciones. Es preciso que la mujer conozca á María y la ame con entusiasmo desde sus primeros años. ¡Desgraciada de aquella á quien una educación menos católica haya separado, tal vez desde la niñez, del regazo de esta buena Madre!

8. Inculcad á las niñas, oh madres y maestras cristianas, la devoción á la Santísima Virgen. Haced que las niñas conozcan muy de cerca y admiren á esa niña celestial que hoy contemplamos llena de gracia y hermosura en su misma cuna. Poned todo empeño en que desde la infancia se acostumbren á amarla con ternura filial, y á mirar en ella su luz, su amparo, su modelo y su madre. ¡Qué frutos de santidad no habrá de producir en tierra tan fecunda como virginal este conocimiento y este amor, ó sea, la verdadera devoción á la Virgen Santísima! Ella les infundirá naturalmente aquel santo horror á cuanto pueda mancillar su corazón y sus sentidos, horror que es la primera condición de felicidad para una niña, porque es la salvaguardia de su inocencia amenazada, hoy más que nunca, de infinitos peligros. Ella les inspirará suavemente aquellos sentimientos de humildad y obediencia tan necesarios para su misma educación, sin los cuales jamás podrán ser buenas hijas de familia ni amorosas hermanas. María ahogará en el corazón de sus tiernas hijas esa funesta afición al lujo, á la vanidad profana, al pasatiempo frívolo, peste que devora el día de hoy á tantas almas juveniles, y las tornará más consagradas al trabajo, más modestas, más amigas del retiro y de las inocentes delicias del hogar doméstico. En una palabra, el amor acendrado de María cooperará, más de lo que puede imaginarse, al éxito completo del ímprobo trabajo de la educación.

Aun más. ¿En cuántas de esas almas no despertará tal vez la piedad para con la Virgen aquellas aspiraciones sublimes, fruto sazonado del verdadero espíritu cristiano, aquellas vocaciones al estado de perfección evangélica, que llevan consigo el total desprecio del mundo y la abnegación perfecta de sí mismas, el amor apasionado del único Esposo de las vírgines, y el ejercicio heroico de la caridad como suprema aspiración de la vida presente? Porque todos estos arranques generosos, tan propios de la juventud en personas de vuestro sexo, señoras cristianas, son, á no dudarlo, el feliz resultado de la tierna y ferviente devoción hacia la Madre inmaculada de Jesús. Esta celestial jardinera cultiva con singular esmero las más bellas flores de virtudes en el bien preparado jardín del corazón de sus amantes hijas. Ella las hace embalsamar con suave aroma de edificación á la Sociedad católica, única que sabe dar al mundo estos admirables espectáculos, aun en medio del egoísmo y la debilidad de caracteres que aquejan al decadente siglo XIX. No rara vez, prendada la Señora del cielo, de la hermosura y fragancia de estas flores, las trasplanta, no ya al jardín del claustro religioso, sino al vergel del paraíso para que exhalen allí, en medio de la Ciudad de Dios, perfumes de eterna suavidad capaces de rivalizar con el incienso de los ángeles. No esperéis, por tanto, que las jóvenes lleguen á ser modelos de piedad, modestia y todas las virtudes que forman su corona, si no cuidáis de grabar en sus almas delicadas el amor más acendrado y la devoción más sólida á la divina Niña de Nazaret.

9. Por lo que hace á vosotras, señoras cristianas, ese dulce incendio de la devoción á María, vuestro sublime modelo, os transformará en apóstoles de la verdad

y del bien, asociándoos al gremio de mujeres heroicas que desde los primeros días del cristianismo han venido siendo el auxiliar tal vez más poderoso de la fe, el foco de la caridad y, por decirlo en breve, el instrumento de toda buena obra¹. Porque, en efecto, tal ha llegado á ser, siguiendo las huellas de María y bajo su protección, la mujer cristiana, honra de la religión y testimonio bastante por sí solo, de la divinidad del cristianismo. ¿De cuántos países no pudiera afirmarse con verdad lo que de Francia aseguran voces muy autorizadas, esto es, que la luz de la fe se habría extinguido en esa gran nación, á no haberlo impedido la ardiente fe de la mujer? ¿Quién no ve que en esas épocas de persecución general y de exterminio del clero, prolongadas por muchos años, ó bien cuando se ha llegado á envenenar la enseñanza pública, apenas queda otro arbitrio para salvar las centellas no apagadas de la fe, que el apostolado doméstico, ejercido menos por el hombre que por la mujer católica, por la madre, la esposa, la hija? Y ¿no es también la mujer la eficaz cooperadora del esplendor del culto? ¿qué fuera de éste, si ella no viniera en auxilio del clero para promoverlo; si no tomara parte activa ya en el ornato de altares y templos, ya en la magnificencia de las fiestas religiosas? Pero hay más todavía. Mujeres verdaderamente apostólicas, émulas de las Lidias, Priscilas y Evodias, no contentas con trabajar en su propia santificación en el retiro silencioso de los claustros, se consagran totalmente al servicio de Dios y del prójimo, y, si es preciso, no vacilan en trasladarse á remotas comarcas pobladas de salvajes para coadyuvar allí á la acción del

¹ Véase *Raulica*, La mujer católica.

misionero, fundando escuelas, enseñando el catecismo, asistiendo á los pobres desvalidos y enfermos, haciéndose madres para todos. ¿No las vemos aquí mismo, en nuestro país, no lejos de la capital, ayudando á los celosos hijos de Don Bosco en la civilización de tribus todavía bárbaras que habitan á orillas de nuestros grandes ríos?

10. Y ¿qué diré de las demás obras á que se extiende la caridad inagotable de la mujer cristiana? ¡Ah! No hay una sola obra de misericordia, así de las espirituales como de las corporales, á que el corazón de la piadosa imitadora de María no se incline, á que no preste su apoyo y consagre su actividad y sus desvelos. La educación de los niños de uno y otro sexo, el cuidado de los pobrecitos huérfanos, la moralización de esas infelices víctimas de la corrupción del mundo, la asistencia de toda clase de hospitales, hasta de los incurables y leprosos, la dirección de las cárceles y penitenciarios, las obras de piedad, la construcción de iglesias... ¿qué empresa puede ocurrir, como sea conducente á la gloria de Dios y al bien de la sociedad, que no cuente con la activa cooperación de la mujer católica, que ella misma no promueva y lleve á cabo con prodigiosa eficacia y buen éxito? Y no se crea que me refiero únicamente á esas incomparables congregaciones religiosas de Hermanas ó Hijas de la caridad, que son el alivio de la sociedad cristiana ¿qué digo? hasta de la sociedad pagana, de la humanidad entera que reclama en todas partes sus servicios como indispensables para el remedio de las públicas miserias. Fuera de estos ángeles de pureza y de bondad ¡cuántas otras personas del mismo sexo, no menos repletas de caridad, aunque no ligadas á comunidad alguna, porque no á todas señala

Dios el mismo rumbo sobre la tierra, cuántas piadosas señoras que viven en el siglo no se ocupan con celo infatigable en promover toda clase de buenas obras, haciendo de este caritativo ministerio la principal, si no la única ocupación de su vida! ¡Bendita ocupación que atrae sobre esas buenas almas las bendiciones de Dios y de los hombres! ¡Precioso empleo de un tiempo por tantas otras personas derrochado en la frivolidad, en el pasatiempo, en el paseo! ¡Plugiera al cielo centuplicar el número de esas mujeres apostólicas que, como las de la primitiva Iglesia, sin desatender un punto á la propia santificación por medio de la oración y demás ejercicios de piedad, aspiran á la noble misión de cooperadoras de Dios en la grande obra de la salvación de las almas!

11. Verdad es, cristianos oyentes, que el número de estas vocaciones ha de ser necesariamente reducido, pues consta claramente, y así lo ha comprendido la sólida piedad, que el principal apostolado de la mujer cristiana, hablando en general, debe ejercitarse dentro del propio hogar, como enseña San Pablo¹. Las mujeres casadas deben consagrarse al cuidado material y moral de su casa: *domus curam habentes*, resplandeciendo á vista de sus esposos é hijos por su prudencia, castidad, templanza, sumisión á sus deberes y demás virtudes propias del estado conyugal, para no dar pretexto á que la maledicencia blasfema de los enemigos de Dios, haga recaer la odiosidad, de sus descuidos domésticos, sobre la doctrina que la religión enseña: *ut non blasphemetur verbum Dei*. Certo que, aunque menos brillante, no es menos meritorio y sublime este

¹ Ad Tit. 3, 5.

oscuro apostolado de la madre de familias en el recinto de la sociedad doméstica. Pues ¿qué labor más importante que la de formar el corazón del hijo y reformar tal vez el carácter viciado de un esposo? ¡Qué gloria no da á Dios, y qué honor á la fe de Jesucristo una familia modelada por la norma del Evangelio, gracias á la virtud heroica y modesta de una madre vaciada en el molde de las Mónicas, Isabeles y Franciscas! ¡Oh! pero, para llenar esta misión hermosa y gloriosísima, es preciso que la mujer se inspire de continuo en los ejemplos de María, modelo acabado de la virgen, de la esposa y de la madre.

12. Sí, cristianos, María es el ideal de la mujer, y no es ésta una de sus menores glorias. Concluyamos repitiendo que María, la preciosa Niña que hoy festejamos en la cuna, es la mujer nueva, así como Cristo Señor nuestro es el hombre nuevo, esperado con impaciencia durante cuatro mil años por la humana progenie envejecida y marchita. María es la mujer por excelencia, de la cual no eran más que imperfectas figuras las más famosas y celebradas heroínas de la antigüedad. Por la aparición de esta mujer incomparable, se ha visto regenerado el mundo; pues por ella se ha renovado y engrandecido moralmente la mujer. He aquí por qué nosotros, hijos de la Iglesia católica, é inspirados en su espíritu, celebramos henchidos de santo júbilo el nacimiento de esta niña. *Nativitas tua, Dei Genetrix Virgo, gaudium annuntiavit universo mundo*. ¡Que el gozo que nos causa su venida á la tierra sea precursor del que nos cause su vista en la eternidad! Así sea.